

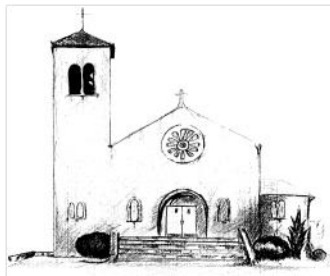
COMISIÓN DE PASTORAL LITÚRGICA
Parroquia de San Pedro Mártir de Verona

Subsidio para orar en familia

23° Domingo del Tiempo Ordinario
(Ciclo C)



- Después de la emergencia sanitaria -



Domingo 4 de septiembre, 2022

RITOS INICIALES

Reunida la familia en el lugar más acorde que hayan dispuesto para la celebración (hay que prever un pequeño altar: con un crucifijo, el cirio pascual o un par de velas encendidas, y un signo que recuerde el tiempo de pascua) y en un ambiente de silencio y recogimiento interior y exterior, tiene lugar la siguiente celebración que podrá ser guiada por quien haga cabeza en la familia.

Puede entonarse un canto apropiado, o el siguiente:

*Este es el día en que actuó el Señor
Sea nuestra alegría y nuestro gozo
Dad gracias al Señor porque es bueno
Porque es eterna su misericordia
¡Aleluya, aleluya!*

1. Que lo diga la casa de Israel
Es eterna su misericordia
Que lo diga la casa de Aarón
Es eterna su misericordia
Que lo digan los fieles del señor
Es eterna su misericordia

Terminado el canto, el que guía dice:

En el Nombre del Padre † del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden: Amén.

Saludo

Luego el guía dice:

Bendigamos a Dios Padre, que nos reúne en nombre de Cristo para que unidos con toda la Iglesia estemos en comunión los unos con los otros por la fuerza de su Espíritu Santo.

Todos responden:

Bendito seas por siempre Señor.

Enseguida, hace la siguiente monición:

A primera vista parece contradictorio que, por una parte, Jesús presenta su mensaje e incluso se presenta a sí mismo como una invitación, como una oferta libre que podemos aceptar o rechazar; y, por otra, como una exigencia estricta. El evangelio de hoy derrama luz sobre esta paradoja: Sí, lo que Jesús nos ofrece es un don, y nadie se ve forzado a aceptarlo. Permanecemos libres; pero, si lo aceptamos, será exigente con nosotros. Tenemos que poner a Jesús y su Reino por encima incluso de nuestras relaciones y deseos más queridos. Por eso tenemos que pensárnoslo dos veces antes de aceptarlo. Pero hemos de saber que, con Jesús y en virtud de su fuerza, podremos responder a su llamado, por difícil que sea, y que seremos felices. Él nos extiende esa invitación y nos da su fuerza en esta eucaristía.

Súplica de perdón

A continuación, el guía, invita a todos a pedir perdón, conscientes que quien necesite celebrar el sacramento de la Penitencia lo ha de buscar al paso de la contingencia sanitaria.

El guía invita al arrepentimiento:

Pidamos perdón al Señor por no haber tenido siempre el valor de seguirle incondicionalmente.

Se hace una breve pausa de silencio.

Después el guía dice:

Señor Jesús, si no aprendemos a llevar tu cruz contigo, no podemos ser tus discípulos. Señor, danos fuerza y valor:

R. Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, si no estamos dispuestos a seguirte hasta el fin, no podemos ser tus discípulos. Señor, danos tu poder liberador:

R. Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, a no ser que estemos dispuestos a renunciar a todo aquello a lo que estamos apegados, no podemos ser tus discípulos:

R. Señor, ten piedad.

El guía concluye con la siguiente plegaria:

Señor, con tu paciente misericordia perdona nuestra cobardía y nuestros pecados. Acompáñanos en nuestro viaje por el camino de la vida y llévanos a la vida eterna.

Todos responden:

Amén.

Puede proclamarse el himno del Gloria.

Acabada la súplica de perdón, el guía dice la siguiente oración:

Señor Dios, de quien nos viene la redención y a quien debemos la filiación adoptiva, protege con bondad a los hijos que tanto amas, para que todos los que creemos en Cristo obtengamos la verdadera libertad y la herencia eterna. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

Todos responden:

R. Amén

LITURGIA DE LA PALABRA

Lecturas del día, opcionales:

1ª Lectura: Del libro de la Sabiduría 9, 13-19

2ª Lectura: De la carta del apóstol san Pablo a Filemón 9b-10. 12-17

Como preparación a la escucha del Evangelio, y permaneciendo de pie, un miembro de la familia proclama el siguiente salmo, diciendo:

Oremos con el Salmo:

del salmo 89, 3-4. 5-6. 12-13. 14 y 17

R. Tú eres, Señor, nuestro refugio.

Tú haces volver al polvo a los humanos, diciendo a los mortales que retornen.
Mil años para ti son como un día que ya pasó; como una breve noche. **R.**

Nuestra vida es tan breve como un sueño; semejante a la hierba,
que despunta y florece en la mañana y por la tarde se marchita y se seca. **R.**

Enséñanos a ver lo que es la vida y seremos sensatos.
¿Hasta cuándo, Señor, vas a tener compasión de tus siervos? ¿Hasta cuándo? **R.**

Llénanos de tu amor por la mañana y júbilo será la vida toda.
Haz, Señor, que tus siervos y sus hijos, puedan mirar tus obras y tu gloria. **R.**

Puede dejarse un momento de silencio contemplativo.

Antes de la proclamación del Evangelio se canta: Aleluya, Aleluya, Aleluya.

Entonces el que guía dice: † Escuchen hermanos el santo Evangelio según san Lucas 14, 25-33

En aquel tiempo, caminaba con Jesús una gran muchedumbre y él, volviéndose a sus discípulos, les dijo: "Si alguno quiere seguirme y no me prefiere a su padre y a su madre, a su esposa y a sus hijos, a sus hermanos y a sus hermanas, más aún, a sí mismo, no puede ser mi discípulo. Y el que no carga su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo.

Porque, ¿quién de ustedes, si quiere construir una torre, no se pone primero a calcular el costo, para ver si tiene con qué terminarla? No sea que, después de haber echado los cimientos, no pueda acabarla y todos los que se enteren comiencen a burlarse de él, diciendo: 'Este hombre comenzó a construir y no pudo terminar'.

¿O qué rey que va a combatir a otro rey, no se pone primero a considerar si será capaz de salir con diez mil soldados al encuentro del que viene contra él con veinte mil? Porque si no, cuando el otro esté aún lejos, le enviará una embajada para proponerle las condiciones de paz.

Así pues, cualquiera de ustedes que no renuncie a todos sus bienes, no puede ser mi discípulo".

Palabra del Señor.

Todos aclaman:

Gloria a ti, Señor Jesús.

Luego el que guía los invita a sentarse y guardar un momento de silencio.

Puede leer la siguiente reflexión:

Reflexión

En el evangelio de hoy Jesús insiste acerca de las condiciones para ser sus discípulos. Y estas condiciones son: no anteponer nada al amor por Él, cargar la propia cruz y, finalmente, seguirlo. En efecto, mucha gente se acercaba a Jesús, quería estar entre sus seguidores y esto sucedía especialmente tras algún signo prodigioso, que lo acreditaba como el Mesías, el Rey de Israel. Pero Jesús no quiere engañar a nadie. Él sabe bien lo que le espera en Jerusalén, cuál es el camino que el Padre le pide que

recorra. Y este camino es precisamente el de la cruz, el del sacrificio de sí mismo para el perdón de nuestros pecados. Seguir a Jesús, por tanto, no significa participar en un cortejo triunfal. Significa compartir su amor misericordioso, entrar en su gran obra de misericordia por cada hombre y por todos los hombres.

La obra de Jesús es precisamente una obra de misericordia, de perdón, de amor. Y este perdón universal, esta misericordia, pasa a través de la cruz. Pero Jesús no quiere realizar esta obra solo. Él quiere implicarnos también a nosotros en la misión que el Padre le ha confiado. El discípulo de Jesús renuncia a todos los bienes porque ha encontrado en Él el «Bien» más grande, en el que cualquier bien humano recibe su pleno valor y significado. El cristiano se desprende de todo y reencuentra todo en la lógica del Evangelio, que es la lógica del amor y del servicio.

Para explicar esta exigencia, Jesús usa dos parábolas: la de la torre que se ha de construir y la del rey que está por ir a la guerra. En esta segunda parábola Jesús no quiere, por cierto, afrontar directamente el tema de la guerra. Sin embargo –y rodeados como estamos siempre de tantas guerras, conflictos y divisiones– esta palabra del Señor nos toca en lo vivo, y en esencia nos dice: existe una guerra más profunda que todos debemos combatir. Es la decisión fuerte y valiente de renunciar al mal y a sus seducciones y elegir el bien, dispuestos a pagar en persona todo lo que esto conlleva: he aquí el seguimiento de Cristo, he aquí el cargar la propia cruz. Esta guerra profunda contra el mal comporta decir no al odio fratricida, a los engaños de los que el Enemigo se sirve y a la violencia en todas sus formas. (*Sintetizado de: Papa Francisco, Ángelus – 8 de Septiembre, 2013*).

Enseguida, juntos hacen la profesión de fe, que en el contexto del tiempo de Pascua puede ser con el llamado “de los apóstoles”.

Guía: El Señor Jesús resucitado, nos da su luz para redescubrirlo presente aún en medio de la adversidad. Iluminados por esa luz, y como signo de comunión con nuestros hermanos en la fe, digamos juntos:

Creo en Dios, Padre Todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, Nuestro Señor,
que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo,
nació de Santa María Virgen,
padeció bajo el poder de Poncio Pilato
fue crucificado, muerto y sepultado,
descendió a los infiernos,
al tercer día resucitó de entre los muertos,
subió a los cielos
y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso.
Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo,
la santa Iglesia católica,
la comunión de los santos,
el perdón de los pecados,
la resurrección de la carne
y la vida eterna.
Amén.

Luego el guía continúa, con las preces.

Preces

Guía:

Oremos hermanos, a Dios nuestro Padre, que escucha la oración del pueblo congregado en su nombre.

Después de cada petición diremos: ***Escúchanos, Dios de misericordia.***

Lector:

1. Por la Iglesia, para que carguemos con valentía nuestras cruces mientras seguimos los pasos de Jesús, ***roguemos al Señor.***
2. Por todas las personas de la fuerza laboral, para que sus empleadores las traten con dignidad, les paguen un buen salario y les proporcionen condiciones de trabajo seguras y saludables, ***roguemos al Señor.***
3. Por todos los desempleados y subempleados, para que no pierdan sus esperanzas mientras buscan la oportunidad de ejercer sus talentos en beneficio de la sociedad, ***roguemos al Señor.***
4. Por todos los cristianos, para que reconozcamos que el valor de nuestros bienes materiales empalidece al compararse con el valor de nuestro discipulado en Cristo y el don de la eterna salvación, ***roguemos al Señor.***
5. Por todos y cada uno de nosotros, para que confiemos en la bondad y la misericordia de Dios cuando nos sintamos abrumados por las cruces que cargamos, ***roguemos al Señor.***
6. Por todos los que están enfermos en nuestra familia y por los que han muerto, ***roguemos al Señor.***

Después el guía, inicia la oración dominical con estas palabras.

Guía: *Llenos de alegría por ser hijos de Dios, digamos confiadamente la oración que Cristo nos enseñó:*

Y todos juntos prosiguen:

Padre nuestro...

Luego el guía invita a los presentes a desear la paz entre ellos. Evitando el saludo de manos, pueden realizar un signo externo para manifestar este deseo.

Comunión espiritual

Una vez expresado el deseo de la paz, tiene lugar la Comunión espiritual. Entonces el guía dice:

Guía: Recordemos que la “la más perfecta participación en la celebración eucarística es la Comunión sacramental recibida dentro de la misa” y que, la Comunión espiritual que “es una práctica de devoción eucarística y que consiste en el deseo ardiente de decirle a Jesucristo cuánto queremos recibirle en nuestro interior”, a diferencia de la comunión sacramental, ésta viene a ser un acto de deseo, que

requiere nuestra disposición interna que debe contribuir eficazmente en nosotros para aumentar la sed de Dios y disponernos para que pronto lo recibamos sacramentalmente.

Por ello, con este firme deseo digamos juntos:

Creo, Jesús mío, que estás verdaderamente en el Santísimo Sacramento del altar; te amo sobre todas las cosas y deseo recibirte en mi interior. Pero ya que ahora no puedo hacerlo sacramentalmente, ven al menos espiritualmente a mi corazón. Y como si ya hubiera comulgado, te abrazo y me uno todo a Ti. Señor, no permitas que me separe de ti.

Después de un momento de silencio sagrado, se concluye con la siguiente oración.

Guía:

Concede, Señor, a tus fieles, a quienes alimentas y vivificas con tu palabra y el sacramento del cielo, aprovechar de tal manera tan grandes dones de tu Hijo amado, que merezcamos ser siempre partícipes de su vida. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Todos aclaman: Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

Luego el guía invoca la bendición de Dios, y al mismo tiempo que él se santigua, los demás también lo hacen, diciendo:

El Señor nos bendiga,
nos guarde de todo mal
y nos lleve a la vida eterna.

Todos aclaman. Amén.

Puede concluirse con el siguiente canto

***No hay Dios tan grande como tu
no lo hay, no lo hay (2)
No hay Dios que haga maravillas
como las que haces tú (2)***